

De Anacoretas a *Hikikomoris*

Santiago Hormanstorfer

“*Hikikomori*” es una palabra japonesa que significa “estar recluso, aislado”. Este término es utilizado para referirse a los jóvenes que eligen abandonar todo tipo de vida social y realizan conductas de extremo aislamiento. Se estiman más de un millón de casos en todo Japón. Es a partir del encuentro con distintas frustraciones (amorosas, académicas, laborales o sociales) que estos jóvenes se encierran en sus cuartos durante años sin otra interacción con el mundo exterior que no sea a través de las consolas de videojuegos o computadoras. Aunque en un momento se pensaba que este fenómeno afectaba de manera exclusiva a la juventud nipona, en los últimos años se han descrito casos con estas características en distintos países de Occidente.

Pensamos al llamado *Hikikomori* como un fenómeno transestructural, ya que no podemos adjudicarlo a ninguna de las estructuras clásicas psicoanalíticas (neurosis, psicosis, perversión). Y podemos ubicarlo como uno de los efectos producidos por el avance del discurso Capitalista contemporáneo en la cultura.

En “Psicopolítica”,¹ Byung-Chul Han nos indica que los sujetos ya no contamos con la regulación que el “*Deber hacer*” imponía, sino que nos encontramos a merced de un imperativo más radical que pregona el “*Poder hacer*”, que a diferencia de la prohibición del deber, carece de límites. El eslogan “Nada es imposible” encubre un mandato que niega la castración, que empuja al sujeto a un goce irrestricto y a la continua optimización de uno mismo con el fin de aumentar la eficiencia y el rendimiento. “*Debes poder*”

“El sujeto del rendimiento que se pretende libre es en realidad un esclavo. Es un esclavo absoluto, en la medida en que sin amo alguno se explota a sí mismo.”²

La optimización personal se muestra en el régimen neoliberal, como la autoexplotación total bajo el lema de una supuesta libertad. La motivación y la auto superación se han mostrado mucho más eficaces que la coacción ejercida por castigo y el mandato. El sujeto de esta época se explota a sí mismo bajo el imperativo paradójico del “*Sé libre*”.

Sin embargo esta *pasión por la soledad* no constituye en sí misma una respuesta novedosa. Numerosos ejemplos dan cuenta de esto. Los cínicos, en el siglo V antes de Cristo, exaltaban la soledad como el único camino posible para alcanzar la sabiduría y el acceso al verdadero bien. Los Anacoretas, Eremitas y Ascéticos, presentes en todas las épocas y en la mayoría de los sistemas religiosos, elegían vivir en completa soledad, apartados de todo lazo social como condición para poder establecer una relación con Dios que se considerara más perfecta.

Entonces, dónde radica la diferencia entre las Soledades antiguas y las contemporáneas.

Soledades

Antes de dilucidar esta cuestión debemos especificar a qué nos referimos cuando hablamos de *Soledad*. Miquel Bassols la define como un afecto, algo que se siente, y generalmente vinculado con la angustia. Es imposible pensar la experiencia de la soledad por fuera de la

experiencia de la angustia causada por una falta, que no es otra, que la falta del Otro del lenguaje. Es decir del Otro simbólico que oscila siempre entre presencia y ausencia.

“Hay entonces una primera soledad que es generalizable para todo sujeto de la palabra. Es la soledad del ser en el mundo (...) que podemos definir como la soledad de la falta en ser”³ Soledad que puede equipararse a lo que Freud enuncia en el proyecto de psicología y conceptualiza en “Inhibición, Síntoma y Angustia”⁴ como desamparo o desvalimiento inicial. La situación inicial del sujeto es el desvalimiento ante la irrupción del quantum pulsional, es el Otro de los primeros cuidados el que puede tramitar esas cantidades mediante la acción específica. Es en ese primer lazo con Otro que el sujeto se constituye.

Es decir que esta soledad estructural lejos de oponerse al lazo con el Otro, constituye la condición de posibilidad de éste y de sus posibles enredos ya que es un lazo que nunca podrá ser relación.

Hay que distinguir esta Soledad radical, inherente al sujeto de la palabra del sentimiento de soledad, o de la soledad en sus “manifestaciones patéticas” como las nombra Jorge Alemán. El sujeto responde con el sentimiento de soledad cada vez que vacila la ficción mediante la cual el Otro le ofrece su complemento de ser.

“Son estas figuras patéticas de la soledad las que alcanzan su cénit social cuando quedan colonizadas por los distintos dispositivos del individualismo capitalista”⁵

De Anacoretas a *Hikikomoris*

En “Introducción del Narcisismo”⁶ Freud responde a una objeción de Jung, quien intentaba negar el carácter sexual de la libido dando como prueba de ello a los ascéticos y anacoretas. Freud sostiene que en estos casos no es posible hablar de una ausencia de investiduras libidinales, sino que éstas son sublimadas y dirigidas a Dios.

“Un anacoreta así, que se afana en desarraigar todo rastro de interés sexual (...) ni siquiera tiene que presentar una colocación patógena de la libido. Pudo haber extrañado enteramente de los seres humanos su interés sexual, sublimándolo empero en un interés acrecentado por lo divino”

Es decir que la libido que el anacoreta retira del lazo social, inviste a esos Otros privilegiados. Su aislamiento oculta un encuentro. El que se da a solas entre el Sujeto y el Otro en sus diferentes figuras. Dios, sabiduría o Bien supremo, no son otra cosa que sustitutos del Ideal.

Tal vez aquí podamos ubicar una vía que nos permita delimitar el rasgo que diferencia la soledad del Anacoreta de la del *Hikikomori*. Como sostiene Jaques Alain Miller, la actualidad se caracteriza por la inexistencia del Otro, es decir por el declive de la función paterna y la ley que este imponía y por el ascenso al cénit social del objeto a.⁷

No hay que pasar por alto el aislamiento del *Hikikomori* se da en ese momento que llamamos pubertad. Momento de encuentro con el refuerzo de la pulsión y en el que se debe consagrar la sustitución de la infancia por la edad adulta. El *Hikikomori* constituye el fracaso de dicha sustitución. En esta vía se puede destacar que en “Inhibición, síntoma y angustia”⁸ Freud define un particular mecanismo de defensa, subsidiario de la represión propio de la neurosis obsesiva. Este es el *aislamiento* (*Isolieren*) y tiene la finalidad de

garantizar la suspensión de los lazos asociativos con aquellas representaciones desagradables de vivencias realizadas en “el sentido de la neurosis”. También se apoya en este mecanismo de defensa para explicar el “tabú del contacto”. El aislamiento surge aquí dado que el “contacto físico es la meta inmediata tanto de la investidura de objeto tierna como de la agresiva”⁹. Es decir que este mecanismo no actúa solo a nivel de los significantes, sino también a nivel de la pulsión. Es un mecanismo de defensa ante la irrupción pulsional. Es decir que podríamos decir que *Hikikomori* e *Isolieren* obedecen a la misma tendencia.

Ante lo disruptivo del encuentro con la metamorfosis del cuerpo que la pubertad implica, la época ya no nos ofrece esos Ideales sólidos y bien consolidados que antaño captaban la libido del anacoreta. En su lugar se despliega ante nosotros un catálogo interminable de objetos tecnológicos.

Al no haber un Otro que acuda a la cita con el sujeto, éste se aparea con estos distintos objetos del progreso de las tecno-ciencias que posibilitan una modalidad de goce que puede prescindir del Otro, más precisamente del cuerpo del Otro. El *Hikikomori* garantiza así el encuentro con un partenaire sin cuerpo.¹⁰

El aislamiento del *Hikikomori* oculta el encuentro con ese partenaire sin cuerpo que es el objeto a en su función de plus de gozar y es precisamente la relevancia que cobra este goce, lo que obtura la posibilidad de todo lazo social.

Podemos decir siguiendo a Morel que tanto la soledad del Anacoreta como la del *Hikikomori*, sin dejar de ser auténticas, *falsas soledades*¹¹. En ambas la máscara del aislamiento oculta un encuentro. Ya sea con el Ideal o con el *gadget*, el sujeto encuentra a su partenaire en todas las épocas.

notas

¹Chul Han, B., *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2014, p.127.

²Chul Han, B., *Psicopolítica*, *op. cit.*

³Bassols, M., “Soledades y estructuras clínicas”, *Freudiana*12, 1994 p. 23.

⁴Freud, S., “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), *Obras Completas*, Vol. XX, Amorrortu, Bs. As. 1993.

⁵Alemán, J., *Soledad: Común. Políticas en Lacan*, Capital Intelectual, Bs. As., 2012.

⁶S. Freud “Introducción del Narcicismo” (1914), *Obras Completas*, Vol. XIV, Amorrortu, Bs.As., 1993.

⁷Miller, J-A., *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Bs. As., 2005.

⁸Freud, S., “Inhibición, síntoma...), *op. cit.*

⁹Freud, S., “Inhibición, síntoma...), *op. cit.*, p. 116.

¹⁰Amadeo de Freda, D., *El adolescente actual*, Unsam Edita, San Martín, 2015.

¹¹Morel, G., “Dos Soledades”, *Freudiana* 11, 1994.